

## CONSIDERACIONES FINALES

Por JESÚS SALGADO ALBA

En el momento presente —julio del año 1990— se están produciendo en Europa dos procesos unificadores de transcendencia histórica y repercusión universal, uno de ellos «revolucionario»: el proceso de la unificación alemana y el otro «evolutivo»: el proceso de unificación europea. La calificación de «revolucionario» aplicada al proceso alemán se basa en la impresionante velocidad acelerada que los dirigentes germanos, y muy en especial el gran conductor del proceso, el canciller de la República Federal de Alemania, Helmut Kohl, han impreso y siguen imprimiendo a su anhelada unificación. Se trata de una verdadera revolución —revolución— pacífica, sin traumas, sin violencias, sin alocados vaivenes, sin sangre, como suelen ser las clásicas revoluciones viscerales y tormentosas, a que la historia de la humanidad nos tiene acostumbrados. Pero es, sin duda, por su vertiginosa realización, por la profundidad de los cambios que se están operando y por la transcendencia de sus resultados una verdadera revolución. Una revolución perfectamente planeada, minuciosamente preparada y férreamente controlada por el pueblo alemán y Kohl a su cabeza. El segundo proceso, el de la unificación europea, lo hemos calificado como «evolutivo» en razón a la lentitud de su desarrollo, a la parsimonia en la toma de decisiones y a su caminar titubeante, impreciso y disperso. Ambos procesos son, más que paralelos, convergentes, pues, con una Alemania ya unificada en lo económico, los dos procesos se aproximan cada vez más hasta que, cuando finalice por completo la unidad alemana, se convertirán en uno sólo.

Todo proceso de unificación dirigido a la integración, más o menos profunda de dos o varios Estados individuales ha de tener por objeto el nacimiento de un «nuevo ente estatal» que, para serlo realmente, ha de gozar de los tres

atributos básicos que le imprimen carácter de Estado libre y soberano, y que, de acuerdo con la fórmula clásica son: una bandera, una moneda y un ejército. La bandera única que es el símbolo de la unidad política, la moneda única, expresión de la unidad económica y el ejército o por mejor decir, las FAS únicas que representan la unidad de la defensa, de la seguridad y, en definitiva, la garantía de la paz.

En ambos procesos de unificación, el alemán revolucionario, veloz, imparable, y el europeo, parsimonioso, laborioso, se ha comenzado por la «moneda», por lo económico, se piensa continuar por la «bandera», por lo político, y se deja, al parecer, para la última fase, la unidad defensiva, el «ejército único». Resulta perfectamente lógico que las cosas sean así, ya que si los procesos unificadores han de ser, como son, afortunadamente pacíficos, el primer paso debe ser «unificar los recursos», pues ellos, una vez unificados, impulsarán, a modo de poderoso motor, el proceso hacia las sucesivas etapas de unificación política y unificación estratégica.

En esta apasionante situación, una de las cuestiones de mayor interés consiste indudablemente en tratar de averiguar cómo se desarrollará la primera etapa del proceso alemán: la unificación económica, y qué efectos tendrá sobre la unificación europea en general y sobre España en particular.

Enfrentarse con ánimo riguroso y ansias de precisión con esta doble pregunta presenta un doble y desafiante riesgo: el riesgo de verse desbordado por la ya comentada sucesión vertiginosa de los acontecimientos y el de adentrarse en una selvática maraña de datos, índices, cifras, parámetros y hechos de carácter económico que ofrezcan la máxima garantía de fiabilidad, dificultad ésta agravada por la confusa información que sobre magnitudes macroeconómicas ofrece el hasta ahora tenebroso mundo de la Europa Oriental cautiva, durante 40 años, del asfixiante y falaz régimen comunista. Este ha sido el reto que se presentaba al «Seminario de Zonas Estratégicas de Interés», que me honro en presidir, y que fue abordado por el jefe del Grupo de Trabajo, el catedrático de Política Económica de la Universidad Complutense don Andrés Fernández Díaz, autor del primer capítulo de los tres que integran el trabajo.

La labor desarrollada por el profesor Fernández Díaz ha sido ingente, como habrá apreciado el lector, pero sus resultados han merecido la pena, ya que se puede afirmar que nos encontramos ante el primer trabajo serio, preciso y fiable sobre los aspectos económicos de la unificación alemana.

A la vista de los resultados obtenidos en este profundo y detallado estudio se pueden establecer gran cantidad de importantes consideraciones, entre las que, por su interés, podemos destacar las siguientes:

En primer lugar la verdadera magnitud económica de la República Federal de Alemania, de la que todos hablan como un «gigante económico», pero ¿qué medidas precisas tiene ese gigante? En el trabajo de Fernández Díaz aparecen con toda precisión esas medidas: el PIB de la República Federal de Alemania supone el 25 por 100 del conjunto de los doce países de la CEE y tras la unificación llegará, en los primeros dos años al 30 por 100 y, muy probablemente seguirá aumentando. Es decir que la Alemania unida, pasado el período de transición y ajuste entre las dos Alemanias, que ha comenzado precisamente hoy, 2 de julio del año 1990, será un «gigante económico en crecimiento constante». Si la República Federal de Alemania es hoy la primera potencia económica de la CEE, la República Federal de Alemania unida, será la «primerísima» potencia económica indiscutible en el futuro europeo. Pero no sólo en Europa, también la República Federal de Alemania de hoy, y más aún la del mañana, será una gran potencia económica a escala mundial. Hoy la balanza por cuenta corriente de la República Federal de Alemania, que es el índice más ilustrativo de la potencia comercial exterior de un país, presenta el superávit más elevado del mundo: 64.400 millones de dólares, mientras este índice es negativo en Estados Unidos con un déficit de 124.000 millones de dólares y lo mismo en Gran Bretaña con 33.000 millones de dólares de déficit comercial exterior. Pero aún hay más. El marco alemán, el *deuchemark*, que desde hoy es ya la moneda única de la Alemania unida, es la divisa que lidera el SME, es decir, que la ya inminente unidad monetaria europea, que tantos quebraderos de cabeza está proporcionando a los más altos dirigentes de la Europa Comunitaria y muy especialmente a la primer ministra británica Márgaret Thatcher y al presidente francés François Mitterrand, será «liderada» por el todopoderoso marco alemán. Se comprenden, pues, los recelos, las reservas, las intranquilidades, y para qué no decirlo, las reticencias, que ante el gigante económico alemán, adoptan, en mayor o menor grado, casi todos los países de Europa, especialmente los más poderosos que se ven desbordados por el arrollador empuje alemán.

Una segunda consideración, también de gran interés, se refiere a la República Democrática Alemana. Parece evidente que la República Federal de Alemania está «absorbiendo» económicamente a la República Democrática Alemana, no «comprándola» como se ha dicho con frecuencia. Esta «absorción» tiene un precio económico que la República Federal de Alemania ha de satisfacer. Existe lógica preocupación en los países de la CEE, y por supuesto, también en España, sobre si este esfuerzo de la República Federal de Alemania en beneficio de su «hermana pobre» la República Democrática Alemana, será tan elevado que llegue a perjudicar

las economías de los países comunitarios. Del estudio del profesor Fernández Díaz se deduce que esos temores, aunque no infundados, no deben alarmarnos y ello por dos razones. En primer lugar, porque la República Democrática Alemana resulta no ser tan «pobre» ni tan «desvalida» como muchos la han descrito, pues así como la República Federal de Alemania era, y es, el gigante de la Europa Oriental —(los «seis» países «ex satélites» de la Unión Soviética)— pues, cifras cantan, su PNB representaba nada menos que el 30 por 100 de la totalidad de esos «seis» países, y lo que es más, la República Democrática Alemana es una potencia industrial «en potencia» —valga la redundancia— ya que el tanto por 100 de la industria en el conjunto de su economía representa el 67 por 100, lo que la sitúa en el primer puesto mundial. Es decir, que la estructura económica de la República Democrática Alemana es fundamentalmente industrial, con una industria ciertamente retrasada en tecnología y en productividad —lo que obligará a realizar procesos de reconversión y ajuste— pero de indudable peso específico. Y en segundo término porque la República Democrática Alemana es el país exportador número uno dentro del Bloque Oriental dirigiendo sus exportaciones, casi todas en bienes industriales, en especial a la Unión Soviética y los países del CAME. Esto significa que la ya existente Alemania unida en lo económico, tiene, a través de la República Democrática Alemana, el camino totalmente abierto para exportar a la Unión Soviética y a los países europeos del Este, camino que las demás naciones de Europa Occidental, entre ellas España, estamos comenzando a desbrozar.

Todo ello nos hace pensar que la «gran operación económica» que supone la unión alemana, a parte de constituir un enorme acierto político, que no tiene precio para los afortunados países que piensan y sienten que la unidad de la patria es un bien inapreciable, va a ser un igualmente enorme «negocio» económico. No a corto plazo, ya que durante el período de transición de la estructura económica actual de la República Democrática Alemana a una estructura de libre mercado, productiva y competitiva, se producirán fenómenos negativos —desempleo, cierre de empresas, reajustes financieros..., etc.—, si a medio plazo, y sobre todo a largo plazo. Lo que hoy es la República Democrática Alemana, 109.000 Km<sup>2</sup> y 17 millones de alemanes, se situará al mismo nivel económico de la República Federal de Alemania, constituyendo las dos juntas la nación más poderosa, económicamente, de Europa y una de las tres grandes del mundo.

Y aún cabe hacer una tercera consideración de carácter económico que supone a la vez un gran interrogante. Hemos recalcado la impresionante velocidad que los alemanes están imprimiendo a su proceso de unificación,

y en especial al de la unificación económica, y el contraste con la parsimoniosa lentitud con que avanza el proceso de unificación europea.

Del análisis preciso y detallado que el profesor Fernández Díaz hace de los efectos que sobre la CEE producirá la unidad alemana se desprende claramente que la futura Alemania unida tendrá un peso económico tal que, sin duda alguna, se situará a la cabeza de la Europa Comunitaria, lo cual plantea muy diversos y muy profundos interrogantes, uno de los cuales consiste en prever si Alemania, finalizado su propio proceso unificador, imprimirá una fuerte aceleración al proceso unitario europeo. No parece posible en este momento responder a esta cuestión, de innegable interés para el futuro; pero si la respuesta fuese afirmativa las consecuencias para todos los países implicados, entre ellos el nuestro, serían de gran alcance. Esta posibilidad merece, sin duda alguna, ser tenida muy en cuenta sobre todo por aquellas naciones que se encuentran afectadas de un cierto retraso en su preparación económica, y también política y estratégica, con relación a las más avanzadas en la marcha hacia ese objetivo histórico que es la Europa unida del futuro.

Las precedentes consideraciones se han centrado en el primer capítulo de este trabajo relativa a los efectos económicos de la unificación alemana.

El segundo capítulo, complementario del primero, aborda el mismo problema de la unificación de Alemania, el gran asunto del momento actual, bajo otro enfoque que presenta tanto o mayor interés que el anterior: el enfoque estratégico, imprescindible en todo trabajo que se realiza en este Instituto.

Si difícil, delicada y llena de riesgos y responsabilidades ha sido la labor realizada por el autor del primer capítulo de carácter básicamente económico, no lo ha sido menos la de este segundo, ya que el problema estratégico que plantea el trascendental proceso de la unificación germana ha de afectar profundamente no sólo al equilibrio geopolítico y geoestratégico de Europa, sino a la misma estructura de los sistemas de defensa y seguridad a escala mundial, ya que todos estos sistemas, comenzando por la Alianza Atlántica que auna los esfuerzos de seguridad de Europa y Norteamérica, siguiendo por la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSDE), la UEO, e incluso la misma Organización de las Naciones Unidas, se han de ver afectadas, en algunos casos profundamente, por el nacimiento de este nuevo gigante político-estratégico, a parte de económico, que será la Alemania unida, totalmente libre de tutelas y cortapisas externas y totalmente soberana y dueña absoluta de sus destinos. Dentro del Seminario dedicado al estudio de «Zonas Estratégicas de Interés» hemos tenido la fortuna de contar con la persona idónea para enfrentarse con

problemas de tal envergadura: el general de Brigada de Infantería don José Uxó Palasí, diplomado de Estado Mayor, profesor de Estrategia durante varios años en la Escuela Superior del Ejército, experto y prestigioso tratadista en temas militares y actualmente director del Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército.

El general Uxó, con encomiable acierto metodológico ha dividido su capítulo en cuatro apartados, llegando, en cada uno de ellos, a resultados claros y precisos sobre los que se pueden establecer las siguientes consideraciones.

El primer apartado dedicado a la «ruptura» de Alemania en dos Estados, separación impuesta por sus vencedores en la Segunda Guerra Mundial, refleja con meridiana claridad la situación geopolítica en que quedó la Alemania vencida dividida en dos países independientes bajo ocupación extranjera y forzosamente enfrentados entre sí, por la política de bloques antagónicos, separados por el odioso «telón de acero». Esta verdaderamente trágica situación para el vencido pueblo alemán tenía, por fuerza, que provocar en él una reacción, si bien silenciosa, humilde y resignada, también decidida y rotunda de rechazo que tuvo su máxima expresión, y el general Uxó lo pone claramente de manifiesto, en la Ley Fundamental de la República Federal de Alemania, en su impresionante preámbulo, redactado por ese hombre providencial que fue el Dr. Adenauer, con las ya legendarias palabras: «Consciente de su responsabilidad ante Dios y ante los hombres, animado por la voluntad de defender su unidad nacional y política... el pueblo alemán, en su conjunto... queda convocado a completar la unidad y la libertad de Alemania». Y esta solemne declaración se aprobaba, por aclamación entusiasta de la República Federal de Alemania, en el año 1949, hace 40 años.

Han estado 40 años los alemanes esperando pacientemente, ahorrando tenazmente, preparando meticulosamente, la recuperación de su ansiada unidad nacional. Y ésta es la primera y fundamental consideración de tipo político-estratégico, o por mejor geopolítico: el objetivo de la unificación alemana está respaldado por la totalidad del pueblo alemán con voluntad inequívoca del alcanzarlo cueste lo que cueste. Es lógico y es justo pensar que una vez conseguido este ansiado objetivo que hará de Alemania un Estado libre y dueño de sus destinos, estos destinos no serán ni alicortos, ni tímidos, sino con proyección, con fuerte proyección exterior, llevando a la futura poderosa Alemania unida a jugar un papel destacado en Europa y en el mundo.

El segundo apartado del profundo trabajo del general Uxó trata de la —«Incidencia de las dos Alemanias sobre la OTAN y el PAV»—.

Dentro de la OTAN, la República Federal de Alemania ha llegado a ser, en potencia aeroterrestre convencional el país más fuerte de la Alianza Atlántica, después —naturalmente— de los Estados Unidos. Dentro del PAV las fuerzas terrestres y aéreas, de la República Democrática Alemana aún no siendo las más numerosas, llegaron a ser las mejores instruidas, preparadas y dotadas, después, naturalmente, de las de la Unión Soviética. Es lógico pensar que, cuando se produzca, en un futuro inmediato, la unificación militar alemana, cuando exista un solo Ejército alemán, será un Ejército potente y modélico, el más potente de Europa Occidental, en el aspecto convencional y en sus dimensiones terrestres y aéreas; pero con dos «puntos débiles» con dos «carencias» que le han sido impuestas por los vencedores: la debilidad cuantitativa de las fuerzas navales alemanas, tanto en la República Federal de Alemania como en la República Democrática Alemana y la carencia de componente nuclear en sus FAS. Y aquí la muy interesante consideración de cara al futuro y que consiste en preguntarse si la futura gran Alemania unida, libre y soberana, se dotará de unas fuerzas navales equiparables, en potencia, a lo que son sus fuerzas terrestres y aéreas, lo cual parece lógico, y, por otra parte, si en un futuro quizás lejano Alemania, siguiendo el rumbo de Francia y el Reino Unido, se dotará de armamento nuclear propio. No cabe duda de que si la futura gran Alemania unida desea desarrollar un papel, si no preponderante, si equivalente al de las dos potencias europeas con vocación de liderazgo, Francia e Inglaterra, la respuesta razonable a estas dos cuestiones ha de ser afirmativa. Es decir, que parece razonable pensar que, en un futuro próximo Alemania, libre ya de restricciones externamente impuestas, se dotará de una fuerza naval acorde con sus fuerzas terrestres y aéreas, y de un futuro más lejano se plantee la posible necesidad de dotarse de una fuerza nuclear propia, derecho que nadie puede negarle como nación libre y soberana. Otra cosa es que la misma Alemania se «autocomprometa» a renunciar al arma nuclear, como han hecho muchas naciones, entre ellas España, adhiriéndose al Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares (TNP) pero nadie, desde el exterior podrá «imponer» a Alemania soberana ese compromiso o limitación que atentaría contra su libertad y su soberanía.

El tercero de los apartados del capítulo del general Uxó, trata de la reciente evolución —casi «revolución»— de los acontecimientos en Europa Central y Oriental. Dos son las consideraciones que, entre otras muchas, pueden formularse tras la atenta lectura del fascinante relato ofrecido en este apartado; en primer lugar el surgimiento de una situación de verdadera y clara distensión entre los dos bloques tradicionales, el Oriental férreamente manejado hasta ahora por la Unión Soviética en su propio beneficio y

conveniencia, y el Occidental, dirigido por los Estados Unidos en consenso de sus aliados.

Esta innegable distensión Este-Oeste, ha provocado, con la superación de la «guerra fría» y la disminución de la «amenaza directa», una adaptación de la OTAN a las nuevas realidades y la aparición de un horizonte más seguro y pacífico en Europa. Esta consideración, de carácter político alentará, sin duda, mayores posibilidades en los procesos de control de armamentos, medidas de confianza, conferencias de seguridad... etc. La segunda consideración que se desprende del «inesperado y vertiginoso proceso desintegrador de las estructuras políticas establecidas en los países del PAV, incluida la Unión Soviética» como muy acertadamente dice el general Uxó, se centra en que tales «vertiginosos procesos desintegradores» están desembocando en situaciones de «inestabilidad» general en la Europa del Este gravemente acentuada en la Unión Soviética, y en Rumanía. Esta «inestabilidad» crea, independientemente, una «amenaza indirecta» sobre la Europa Occidental, es decir, sobre la OTAN que obliga, en primer lugar a mantener los dispositivos de defensa y seguridad de la Alianza Atlántica en previsión de posibles «crisis» que de forma inesperada y de profundidad imprevisible, pueden surgir en el espacio geoestratégico europeo, en toda su amplitud, y en segundo término, a obrar con la máxima prudencia en los procesos de revisión de las doctrinas estratégicas de la OTAN. Mientras no desaparezcan por completo las situaciones de inestabilidad en los países del PAV y muy especial en la Unión Soviética, la OTAN debe mantenerse potente, activa y vigilante, no sólo para la propia defensa y seguridad de los países que la integramos, sino también para atender a la seguridad interna y externa de los países que padecen esa inestabilidad. En resumen, si la «distensión» aconseja superar las medidas, quizá excesivas, de seguridad y defensa a que obliga la «guerra fría», la «inestabilidad» obliga a mantener una defensa sólida, ágil y vigilante en el marco de la OTAN.

El último de los cuatro interesantes apartados que integran el capítulo del general Uxó trata de las repercusiones que sobre la unidad alemana han de tener sobre la geopolítica europea y las reacciones que suscitan. Estas reacciones son diferentes en los diversos países. En los Estados Unidos son en general muy positivas lo que induce a pensar en un sólido enlace entre Washington y Berlín, si como parece, va a ser Berlín la capital de la futura Alemania. En la Unión Soviética la reacción, según el análisis del general Uxó, ha pasado de ser francamente negativa a una resignada conformidad no exenta de cierta oposición hacia la unidad alemana. En Polonia, Francia y Gran Bretaña existen, por diversos motivos, reacciones de recelo, inquietud, reticencia y sospecha basadas en el pasado histórico alemán.

Y queda España que será objeto de nuestra última consideración. La reacción, o por mejor decir la actitud de España ante el apasionante y trascendental proceso de la unificación alemana no puede ser otra que la de un apoyo total, sin la más mínima sombra de recelo, como lo está siendo afortunadamente. Ello es así por muchas y muy poderosas razones entre las que destacan las dos siguientes. En primer lugar España es la única nación de Europa, la única, que jamás ha tenido como enemiga a Alemania desde que ésta alcanzó su condición de Estado independiente y soberano. Ni en el siglo XIX, ni en la Primera Guerra Mundial ni tampoco en la Segunda, España se enfrentó con las armas a Alemania. Por ello entre España y Alemania no es preciso restañar viejas heridas, porque jamás nos hemos herido; ni necesitamos olvidar pasados agravios, porque nunca ha habido agravios entre nosotros, ni es necesario eliminar recelos, ya que ni han existido ni existen. En consecuencia España y Alemania se encuentran en una situación privilegiada para establecer al máximo una cooperación estrecha, leal y firme. Nada se opone a ello.

En segundo término, las capacidades geopolíticas, geoestratégicas y geoeconómicas de España y Alemania no son, por su propia naturaleza, competitivas, sino que, muy al contrario son complementarias y la complementariedad es la primera y fundamental condición para la cooperación. España y Alemania están llamadas por imperativos históricos, económicos, geopolíticos y geoestratégicos a crear entre ellas una sólida comunidad de intereses en beneficio recíproco y, lo que quizás sea más importante, en beneficio de la Europa unida del futuro.